

ATTILIO STAJANO

Amar hasta el final

© EDICIONES SÍGUEME SALAMANCA 2020

PREFACIO

MARIE DE HENNEZEL

Si hay algo que Attilio Stajano y yo compartimos es la profunda convicción de que morir serenamente, sin dolor y rodeado de afecto y espiritualidad no es una experiencia excepcional.

Lo sé porque durante nueve años trabajé en la primera unidad de cuidados paliativos que se creó en Francia, donde conocí a muchas personas que, aunque la medicina ya las había desahuciado, aún se sentían vivas y deseaban seguir sintiéndose así hasta su último aliento. Yo formaba parte de un equipo motivado y competente en el que habíamos tomado la decisión de hacer todo lo posible para que nuestros enfermos terminales no sufrieran y para que, cuando les llegara su hora, pudieran afrontarla con la sensación de ser sujetos de su propia muerte. Nuestro experimento piloto – que describí hace veinte años en *La mort intime*¹, un libro que gozó de difusión mundial y que fue prologado por el expresidente francés François Mitterrand, quien entonces se encontraba en la última etapa de su vida– sirvió de modelo para poner en marcha unidades de cuidados paliativos por toda Europa.

Precisamente a una de estas unidades, en Bruselas, dedica Attilio sus energías como voluntario desde que se jubiló. Al leer su relato, escrito con delicadeza y sensibilidad, se han reavivado en mí las emociones que experimenté en aquellos años. He recordado todo lo que aquellas personas cercanas a la muerte me enseñaron simplemente a través de su manera de ser, su sentido del humor, su humildad y su coraje.

Relacionarse cada día con hombres y mujeres a los que la medicina ya no puede curar, pero sí acompañar de la manera más digna y humana posible,

¹ M. de Hennezel, *La mort intime. Ceux qui vont mourir nous apprennent à vivre*, Paris 1995; versión cast.: *La muerte íntima*, Barcelona 1997.

no es poca cosa en un mundo que niega la muerte y considera que el tiempo del morir es un tiempo inútil, doloroso, absurdo. Hoy en día, en la opinión pública reina la convicción de que es mejor abreviar esa etapa que vivirla. ¿De qué sirve esperar la muerte cuando se sabe que la medicina ya no puede curarnos? Pero así nos privamos de una experiencia incomparable. Y es precisamente esto lo que descubrimos al leer el testimonio de Attilio. Porque el trato con las personas que están a punto de morir, el intercambio de miradas, de gestos, de palabras de amor, de consuelo o de confianza, permiten a quienes los sobreviven pasar el duelo de una manera completamente distinta y los sostienen el resto de sus vidas. La experiencia de acompañar a un ser querido o a un amigo hasta el umbral de la muerte marca un antes y un después. Ya no somos los mismos, este acompañamiento nos transforma. ¿Por qué? Porque todos somos mortales, sabemos que en esta tierra estamos de paso y que las personas a las que amamos no estarán siempre a nuestro lado. Y esta cercanía a la muerte ajena, si por un lado es una espada que traspasa nuestra humanidad y nos hiere, por otro nos reconduce hacia lo esencial.

Ciertamente, no es fácil acompañar a alguien en sus últimos momentos, en hospitales que se han alejado de su vocación de acoger a la persona y se han convertido en empresas configuradas por la técnica y, sobre todo, por la economía. Existe un movimiento, en el que he participado activamente, que se esfuerza para que la cultura paliativa penetre hasta el fondo de nuestros centros hospitalarios y de nuestros servicios sanitarios y sociales. Se trata de desarrollar un espíritu paliativo, con el fin de que, allí donde le sobrevenga la muerte, cualquier ser humano pueda concluir su vida con dignidad. Cuando, por ejemplo, el responsable médico de un servicio de oncología, o el director de una residencia de ancianos dependientes, comprende la importancia de no abandonar al paciente para el que ya no hay esperanza de curación, o cuando existe un equipo de cuidadores y voluntarios capaces, como Attilio, de dialogar con personas que, ciertamente, sufren a menudo por el hecho de verse relegadas tras un parapeto de mentiras, o dispuestos a ayudar a otros a permanecer junto al ser querido que está a punto de dejarlos, entonces el tiempo del morir puede convertirse en un tiempo fecundo.

Por el contrario, cuando un enfermo terminal se siente una carga para los otros, entonces considera que ya no hay lugar para él en el mundo de los vivos y a menudo solicita que se ponga fin a su vida. Tal petición de eutanasia brota de la angustia y el desánimo.

En nuestros días se da una especie de promoción de la muerte anticipada. Se habla de derecho a morir, de derecho a decidir el momento de la propia muerte, de ejercicio de la libertad, de dignidad. Pero ¿dónde está la libertad de una persona frágil y vulnerable que tiene la sensación de que es un problema para los demás? ¿Qué concepto de la dignidad es aquel que la reduce a la imagen que uno tiene de sí mismo o del otro? ¿Acaso una persona que sufre los estragos de la enfermedad o de la edad avanzada pierde, desde nuestro punto de vista, su dignidad de ser humano?

Attilio plantea las preguntas pertinentes. Las preguntas que incomodan. Pero lo que más me ha impactado de las páginas que siguen es la implicación personal y humilde de este hombre que toma de la mano al lector para mostrarle el camino que todos recorreremos algún día. Un camino hecho de desprendimiento a veces doloroso, pero fecundo, un camino hecho de apertura a lo mejor de nosotros mismos.

Los enfermos terminales nos ofrecen, a su pesar, un ejemplo de lo más valioso de la vida. Se liberan de las ataduras que han entorpecido su existencia. Sueltan lastre. Nos ayudan a vivir el presente, a mirar el futuro «con optimismo y gratitud», sin quejarse de lo que la enfermedad o la vejez acarrearán. Nos muestran lo importante que es aceptar nuestra vulnerabilidad y dejarse ayudar por otros.

La lectura de este libro infunde la convicción de que no debemos desaprovechar la experiencia de acompañar a un ser querido en su última etapa. Asumámosla sin miedo. Dejemos entonces que hable nuestro corazón, que la intuición dirija nuestros gestos. Descubriremos en nosotros unos recursos inesperados, una ternura, una delicadeza, una disponibilidad para las que, quizás, hasta entonces no nos habíamos sentido capaces. En definitiva, saldremos de esta experiencia más generosos y humanos, porque en el umbral de la muerte la última palabra la tiene el amor.

[Back](#)

[Home](#)

